

## El matrimonio alarga la vida



Hay cien razones conocidas para casarse, y acaba de descubrirse otra. Según el doctor Bertillón, el que se casa ingresa en una asociación, donde la mortalidad es una mitad menor de la que ataca á los solteros y viudos. De los 45 á 49 años, por cada 25 solteros, mueren 13 casados; de los 50 á 54, por cada 32 defunciones de solteros hay 17 de casados, y así sucesivamente.

El casamiento no confiere la longevidad, indudablemente. La práctica de las virtudes conyugales es la que produce aquel resultado, y la prueba es que los viudos vuelven á caer en el riesgo que amenaza á los solteros. Esta igualdad de solteros y viudos ante el peligro, es algo perturbadora.

Pudiera creerse que los célibes mueren antes porque su endeble organismo los ha alejado del matrimonio. Es decir, que la naturaleza los condenaba simultáneamente á un fin precoz y al celibato; pero entonces el solterón bien constituido no tendría nada que temer por causa de su estado civil; y sin embargo, este argumento optimista falla por su base cuando se observa la mortalidad del viudo.

También pudiera argumentarse que el celibato es efecto de alguna afección física. Pero la viudez no lo es, y los viudos entran en la fatal estadística en la misma proporción que los solteros. ¿Consiste acaso en que los mata la pena?

El soltero es aparentemente dichoso. No

tranquila y silenciosa; su ánimo está reposado; sus manías son respetadas. Si le parece pone sus libros en el salón, sus floretes en el comedor, sus guantes de box en la antesala. No está condenado á muebles de nogal si prefiere los de caoba, ni á tener las ventanas abiertas cuando le gustan cerradas, ni á pasar frío cuando quiere encender la chimenea. Adorna el cuarto con los cuadros que se le antoja, lleva las corbatas que le gustan y elige los trajes que mejor le parecen. Nadie critica sus botines americanos, ni sus zapatos franceses. No tiene que pensar en cumplir con Mad. X. ni con escribir á M. Y. ni tiene que intervenir en conflictos domésticos, ni ser el



portador de reclamaciones, ni el escudo del hogar, ni vengador de injurias. ¡Es muy feliz!... pero la dicha lo mata.

Acaso los cuidados nos son necesarios como los rigores del invierno á la naturaleza, y en ese caso el célibe muere pletórico; acaso no teniendo preocupaciones se las busca en tal cantidad que le abruma, y muere agobiado. Sus herederos le halagan demasiado, y entonces muere de cariño; acaso está mal cuidado, y entonces se muere de abandono.

Sé dirá que le matan la dispepsia y la mala cocina; pero él se regala con muchas clases de condimentos y manjares. Además, las solteras, que se dan un trato muy burgués y metódico, no están menos expuestas á la muerte prematura que los célibes del otro sexo.

La verdad es que el matrimonio, si no es un estado delicioso, por lo menos es equitativo. La naturaleza no ha querido que el hombre en este punto difiera del

tigre, del lobo ó del papagayo. Si acarrea sacrificios y mortificaciones, todos ellos van á una masa común; allí las penas se suavizan, y las alegrías se multiplican, porque unas y otras están compartidas. Así la vida viene á ser un bien común á dos seres, y cuando Filemón se va, Baucis no le sobrevive. Así queda explicada la longevidad que confiere el matrimonio.



tiene las preocupaciones del hogar ni las de los hijos. Su presupuesto es maravillosamente elástico; sus menús son succulentos ó frugales, según se le antoja. Hoy come un plato fuerte rociado con un rico vino Musigny; mañana su comida es vegetal. Su "garçonnier" es admirablemente